

Un segundo tiempo

Romina Franzin

Cuando conocí a Enzo él ya estaba jugando con una pista de autos que absorbía toda su atención. Se mostró indiferente a mi saludo y a mis primeras palabras, no respondía a las propuestas de juego con autitos... confieso que me sentí frustrada porque mi expectativa era otra: que me saludara, que aprovecháramos ese ratito para jugar juntos... pero no ocurría. Hasta que, a través de las pendientes de la pista, sus ojos me buscaron y nuestras miradas se encontraron, curiosas. "*Apareció Enzo*" -me dije, y la pelotita que le llevé de regalo pasó a ser un autito más en la pista. Inicios de un ida y vuelta que fue tomando forma a medida que nos conocíamos.

Ocurrió en una clase de música, en la que la docente llevó láminas de instrumentos musicales para jugar un memotest grupal. Las mostró de a una al grupo para que reconocieran los instrumentos, y mientras las disponía boca abajo en el piso en medio de la ronda de niños, Enzo y otro de los chicos integrados comenzaron a darlas vuelta. "*Ay, ¿no tienen otra cosa para darles? así no se puede hacer la actividad*"-nos dijo la docente a ambas acompañantes. "*¿Y si dejamos que las miren un ratito?...*", pero Enzo ya había salido corriendo a otra parte de la sala. El otro niño se acomodó en la ronda junto a su acompañante. Enzo aceptó entonces otro memotest que yo había llevado y se colocó frente a una mesita desde la que podía ver, justo adelante, la ronda grupal. Después de un primer tiempo en el que pudo explorar estas nuevas tarjetas libremente, aprendió a darlas vuelta de a pares para encontrar las iguales. Pareció entender la correspondencia de lo que él hacía con lo que hacía el grupo, porque miraba alternativamente las tarjetas de su mesa y lo que ocurría con las tarjetas musicales allí, en el medio de la ronda. Se reía y daba saltitos al descubrir el par, así como los compañeros festejaban también sus propias coincidencias con las láminas de instrumentos.

El trabajo a lo largo del año me demostró que hay un modo de estar de Enzo en los espacios que habita: en un primer tiempo busca elementos de juego, los acapara, parece absorto en ellos, y rechaza o se mantiene indiferente a intervenciones de pares o adultos. Pero no deja de observar lo que hacen otros a su alrededor ni de escuchar lo que se le propone. Recién en un segundo tiempo sí: accede a un intercambio, aprende una regla de juego, va en búsqueda de ese libro que le gusta, de ese rompecabezas que se le ofrece... es decir, "*Aparece Enzo*", algo de su subjetividad logra mostrarse. Y para que esto suceda, aprendí que fue necesario despojarme de ciertas expectativas y de interpretaciones acerca de lo que veía, para recalcularlas. Yo también necesité de un segundo tiempo para tomar distancia y entender qué ocurría (¿Hará él lo mismo en su primer tiempo: tomar distancia y entender qué ocurre?) Enzo no es indiferente; su no respuesta inicial o su rechazo a alguna

propuesta no significa que “no quiere”. En todo caso, “no ahora” o “no todavía”. En lo cotidiano se vuelve necesario posibilitarle ese espacio y sostener, acompañando, ese primer tiempo de espera. Jugado éste, se abren oportunidades para un segundo tiempo: el tiempo de elegir, el de acceder, el de responder... el de aparecer, inclusive, de modos diferentes a los que uno espera.